

Marga Sánchez Romero

LO QUE EL CUERPO NOS CUENTA



Un recorrido físico y político de las mujeres
desde la prehistoria hasta hoy

DESTINO

Marga Sánchez Romero

Lo que el cuerpo nos cuenta

Un recorrido físico y político de las mujeres
desde la prehistoria hasta hoy

© Marga Sánchez Romero, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

© De las imágenes: Iconografía: DAU, Grupo Planeta; Cortesía de © Mario Torquemada / Museo Arqueológico y Paleontológico de la Comunidad de Madrid; Cortesía de © Esperanza Martín; © Esperanza Martín Hernández / Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera; © Don Hilario / Conjunto Arqueológico / Dólmenes de Antequera; © Moreno Estudio / Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera; © María D. Simón Vallejo y Sara Macías Tejada / Universidad de Sevilla; Cortesía de © Proyecto Almoloya-Bastida (ASOME-UAB); Cortesía de © Eduardo Vijande; Cortesía de © Bueno Ramírez, P., Balbín Behrmann, R. de, Barroso Bermejo, Carrera Ramírez, F., Huntz Ortiz, M., 2016. El arte y la plástica en el tholos de Montelirio. En Montelirio, un gran monumento megalítico de la Edad del Cobre. Álvaro Fernández-Flores, Leonardo García-San Juan, Marta Díaz-Zorita Bonilla eds. Arqueología. Monografías. Junta de Andalucía, pp. 365-405, Fig. 2; Cortesía del © Archivo Gérard Nicolini-Instituto Univ. de Investigación en Arqueología Ibérica de la Universidad de Jaén. Colección del Museo Arqueológico Nacional (Madrid). Exvoto femenino; Cortesía de © Gonzalo Aranda Jiménez. Sepultura 15 de la necrópolis megalítica de Panoría (Darro, Granada); © Javier Trueba / MSF / SCIENCE PHOTO LIBRARY / Album.

Primera edición: mayo de 2025

ISBN: 978-84-233-6771-9

Depósito legal: B. 6.862-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



ÍNDICE

Introducción	15
1. El cuerpo y la cultura.	23
2. El cuerpo y lo biológico	31
3. Los tacones de Letizia	39
4. El vestido de Cristina.	47
5. El cuerpo desnudo	55
6. La fascinación de un rostro.	65
7. El cuerpo y el color	73
8. Tu cuerpo es un mapa	81
9. El cuerpo y los sentidos	89
10. Cuerpos maternos	97
11. El cuerpo y la tecnología	107
12. El cuerpo trabajado	117
13. El cuerpo y lo que comemos.	125
14. Cuerpos que definen linajes	135
15. Cuerpos Mary Shelley	143
16. El cuerpo reparado.	151
17. Cuerpos y (dis)capacidades	159
18. El cuerpo abstracto	167
19. El cuerpo vestido	177
20. El cuerpo escrito	187
21. El cuerpo y el género	195

22. El cuerpo y el gesto	205
23. El cuerpo que envejece	215
24. El cuerpo reivindicado.	223
25. Cuerpos violentos, cuerpos violentados.	231
26. El cuerpo represaliado.	241
Epílogo. Dos cuerpos más. Dos mujeres más.	249
<i>Agradecimientos.</i>	<i>255</i>
<i>Quién me lo ha contado. Una bibliografía comentada.</i>	<i>261</i>

I

EL CUERPO Y LA CULTURA

Obsérvate por un instante. Puede que estés leyendo esto un domingo por la tarde, en casa, con el pijama ese que tienes desgastadísimo pero que no puedes tirar porque ¡estás tan a gusto con él! O puede que estés leyendo esto en el metro, vas a trabajar y hoy te has puesto traje de chaqueta porque tienes una reunión importante, llevas los tacones en el bolso y vas con zapatillas porque te da pereza subir y bajar las escaleras de las estaciones taconeando, pero tienes que (o quieres) mantener una imagen. O estás en la hora del café en tu puesto de trabajo en el supermercado y llevas uniforme, has salido un momento a la parte de atrás del edificio a que te dé un poco ese sol de un miércoles de noviembre por la mañana.

A lo mejor estás un poco mustia, no sabes si es porque te va a venir la regla o porque estás incubando algo, tu criatura no para de traer virus a casa y tú los acoges todos, eres así de generosa. O a lo mejor estás feliz porque hoy te has puesto los pantalones que hace tres meses no te abrochaban y después de unas semanas de dieta y gimnasio sí lo hacen y por un momento piensas que vale, que sí, que me abrochan pero que para qué me habré metido yo en esto, qué hartura de «operación bikini», cuando llegue a casa me salto la dieta con lo primero que pille, que me lo merezco.

O quizá lo que te pase es que te duele la cabeza porque ayer saliste y hoy notas los efectos de que pusieran *Soltera* de Shakira más veces de lo conveniente, le hiciste caso a lo que dice la canción y te viniste arriba y hoy lo notas, claro. O tal vez esta mañana, cuando te has mirado al espejo, has visto que ya te hace falta otra vez el tinte, pero ¿cómo te puede crecer el pelo tan rápido? Estás pensando en dejarte las canas definitivamente, la verdad es que en Instagram hay mujeres como tú que las llevan y quedan muy bien, y piensas: ¿me atreveré?

No sigo. Creo que te habrás identificado con alguna de estas situaciones o al menos con una parecida. Yo, con muchas, en distintos momentos de mi vida: tacones, pijamas, malestares, uniforme, enfermedades, menstruación, gimnasio, tintes, dietas, baile, trajes, zapatillas... Y con otras tantas que no he mencionado: uñas, menopausia, anillo, embarazos, consulta de ginecología, aborto, edad, pintalabios, faja... Por muy distintas que creas que son todas estas situaciones, experiencias y objetos, que lo son, todas tienen algo en común: tu cuerpo. Todo lo que te pasa o todo lo que quieres expresar pasa por tu cuerpo, un cuerpo con el que muchas veces tienes una relación difícil. Hay días en los que no te gusta nada, querrías tener una varita mágica con la que quitar de aquí y poner allí; otros te encanta porque te das cuenta, finalmente, de que «a quién le importa lo que yo haga [...], yo soy así y así seguiré, nunca cambiaré». Es una relación con altos y bajos por la que pasamos todas y cada una de nosotras. ¿Los hombres también? Sí, los hombres también, cada vez más —desgraciadamente—, pero a ellos no se les observa tanto, no se les exige tanto, esto no los define tanto como a nosotras. Aunque es probable, querido amigo, que tú también hayas esbozado una media sonrisa con algunas de las situaciones que he descrito, pensando: ahí me veo. En definitiva, a través de

nuestro cuerpo manifestamos nuestra identidad, en el sentido más amplio: nuestro género, nuestro estatus social, nuestra edad, nuestro sistema de creencias, nuestra ideología, hasta cuál es el equipo de fútbol que nos gusta, que ayer te vi con la bufanda... Un cuerpo sobre el que a veces tenemos cierto control de lo que le pasa, y en otras poco o ninguno.

Pues bien, como sabes, yo soy arqueóloga. Una arqueóloga que se dedica a las poblaciones de la prehistoria, esas de las que no tenemos escritura y que solo podemos estudiar a través de los cuerpos, los objetos y los lugares en los que esas comunidades vivieron y murieron. Durante mucho tiempo, en nuestro desempeño arqueológico nos estuvimos fijando más en los objetos y en los lugares que en los cuerpos, pero lo cierto es que, desde hace unos años, se ha convertido en un elemento central de la investigación.

Nuevas metodologías y analíticas, nuevas posibilidades de obtener información y, sobre todo, las nuevas preguntas que les estamos haciendo a esos cuerpos nos han abierto un mundo de posibilidades emocionante. Tanto es así que, a principios del siglo **xxi**, empezamos a pensar en una «arqueología del cuerpo», una arqueología que reflexionara sobre la relevancia que tiene el estudio del cuerpo de las personas del pasado, para reflejar las experiencias que vivieron y sus relaciones con el mundo. Y el feminismo ha sabido aprovechar ese enorme caudal de información que estamos generando para reivindicar la posición de las mujeres en las sociedades y contar otras historias, para construir un relato mucho más completo de lo que somos. Reivindicar el cuerpo como objeto de investigación ha significado descubrirnos a nosotras mismas, porque, como bien sabes, debemos demostrar científicamente la presencia de las mujeres en las sociedades del pasado, de lo contrario, no aparecemos en ningún sitio.

Como ya he comentado, a través del cuerpo manifestamos nuestra identidad, contamos quiénes somos, y lo hacemos además desde muchas dimensiones. La primera es la identidad propia, la individual, el cómo queremos aparecer, que nos vean. Ojo, que este es un privilegio que no todas las mujeres tenemos (o más bien creemos que tenemos). Pero vamos a rizar un poco más el rizo, vamos a complicar esto un poco más. Más allá del cuerpo individual, de la experiencia consciente, propia de cada individuo, la antropología ha definido otras dos dimensiones. Por un lado existe el cuerpo social, ese cuerpo que representa la interacción entre la naturaleza, la sociedad y la cultura, que hace que, dependiendo de la existencia de una ética o una moral compartida, o de unas u otras modas culturales y estéticas, nos digan cómo deberíamos comportarnos con nuestro cuerpo, cómo debería ser nuestro cuerpo. Por otro lado está el cuerpo político, casi un *artefacto* que puede ser utilizado como instrumento de organización y control político y social a partir de normas y leyes que marquen nuestra toma de decisiones; por ejemplo, sobre nuestra salud sexual y reproductiva, por poner el caso más frecuente y mejor muestra de que «lo que tú sientes se llama obsesión» de unos señores empeñados en decirnos qué debemos hacer.

Sigamos. La arqueología del cuerpo usa el concepto antropológico de *embodiment* o «corporización» (he de reconocer, muy a mi pesar, que me gusta más la palabra inglesa) como una forma de tratar el cuerpo como auténtico campo para la cultura. Nuestra existencia no es disociable del cuerpo con el que experimentamos la vida —es decir, nuestra capacidad para encajar y orientarnos en el mundo—, así que no debemos separar lo biológico de lo cultural. Son dos facetas de lo mismo, no hay nada que no quede reflejado en los huesos que no sea fruto de una experiencia

cultural humana; no hay nada que podamos expresar con nuestro cuerpo que no tenga que ver con lo biológico. A pesar de lo que te he dicho, en este capítulo me voy a centrar más en las experiencias culturales y en el siguiente en la capacidad que tenemos de conocer nuestros cuerpos a través de la bioarqueología, y, aunque parezca una contradicción, vas a comprobar cómo no podré hablar solo de una cosa o de la otra.

Como has visto, la construcción de la identidad a través del cuerpo y las formas de representarla es un camino de doble sentido; tiene que ver, por una parte, con cómo nos percibimos, y por otra por cómo percibimos a los demás miembros de nuestro grupo o de otros grupos externos. Es absolutamente imprescindible un ejercicio de comunicación. Y esa comunicación se realiza a través de ropas, adornos y accesorios. Es necesario que despluguemos toda una serie de estrategias que puedan ser identificadas dentro de los parámetros y los códigos sociales de cada grupo.

Me explico. Si hoy sales a la calle vas a ver a mucha gente vestida y adornada de forma muy diferente dependiendo del concepto que tengan sobre quiénes son y el grupo al que quieren parecerse o pertenecer. Porque sí, somos muy individualistas, pero nos encanta formar parte de un grupo, no podríamos sobrevivir sin esas relaciones. Verás cómo expresan algunas personas su pertenencia, por ejemplo, a una tribu urbana. Y sí, voy a caer en el estereotipo, pero es un estereotipo reconocido y usado, eso sí, con más o menos intensidad o sutileza. Por ejemplo: el pelo largo, la ropa de colores psicodélicos o las sandalias de las tribus hippies; las creastas, los alfileres y los pantalones pitillos de las punks; la inspiración medieval o victoriana más el negro del lápiz de labios y la sombra de ojos del universo gótico; la gomina en el pelo, el jersey anudado al cuello y los náuticos de los pijos (o Cayetanos, que ahí me pierdo); las camisetas ilustradas

con manga o con dibujos de su anime favorito de las otakus, o la ropa ancha y cómoda de los chicos y los tops y las minifaldas de las chicas de la tribu reguetonera, por nombrarte solo algunas, hay muchas más. Ciertos grupos están más definidos en su imagen por la identidad de género, otros por el estatus social, otros por una conciencia ecológica, y priorizarán más o menos esos rasgos de identidad frente a otros a la hora de vestir. No hace falta el pack completo para reconocerlos, o no es necesario (o posible) llevarlo todo el tiempo, pero tú, que observas o practicas, serás capaz de contar muchas cosas de esas personas sin tener que intercambiar una palabra con ellas.

Ahora bien, es necesaria la práctica, no podemos dejar de manifestarnos, porque esa experiencia corporal se constituye culturalmente a través de patrones regulares de uso; es decir, de la repetición constante de uso de ropa, maquillajes o adornos. Además, estas prácticas requieren aprendizajes y conocimientos y, muy importante, en la mayor parte de los casos representan facetas de nuestra identidad que son cambiantes. ¿O no has visto tú alguna foto antigua de compañeras o compañeros de trabajo con atuendos que ahora considerarías pura fantasía?

Pues bien, esto de usar el cuerpo para manifestar, crear o controlar quiénes somos lo llevamos haciendo desde hace miles de años, desde la prehistoria. Algunos ejemplos los vas a ver en los siguientes capítulos. Veremos cómo se usa el vestido, el color, el maquillaje o el adorno como elementos materiales y culturales que se añaden o aplican al cuerpo. Entre lo cultural y lo biológico están todas las prácticas de modificación del cuerpo que poseen una fuerte carga cultural, pero que suponen transformaciones en lo biológico, en los huesos o en la piel. Los tatuajes, las escarificaciones, las modificaciones óseas forman parte de esas estrategias y pretenden mostrar una determinada identi-

dad utilizando lo más distintivo, personal e íntimo que tenemos: nuestro cuerpo. Pero antes quiero contarte cómo la expresión cotidiana de la identidad a través del cuerpo —esas cosas que hacemos todos los días— también queda impresa en nuestros huesos y en nuestros tejidos. Así que hablemos de bioarqueología.